char el árbol siempre frondoso de la Jurisprudencia. Háse despertado en el hombre el instinto de la controversia y del exámen: la discusion es el alma que da vida á la nueva sociedad. Ese instinto perfectible, que se desenvuelve y mejora cada dia, ha llegado al periodo de la madurez; y libre hoy de las trabas que le enervaron en su infancia, exige en el orador esa elocuencia viril que hace potente al saber.

Pues bien, Señores, la Academia de Jurisprudencia, por la habil disposicion de sus estatutos, y por el constante impulso que la imprimen celosos y entendidos profesores, responde á esos progresos y á esas necesidades: y la mera narracion de sus hechos bastará para probaros que sabe abrazar la ciencia en la generalidad infinita de sus nuevas fases.

Pero antes de descender al exámen de las actas del año que concluye, preciso es apelar al fallo irrecusable del numeroso concurso que ha presenciado nuestras discusiones. La Academia faltaría á los deberes de la gratitud si no le rindiera en ocasion tan solemne un tributo de reconocimiento. Su atencion, despertada por el interés creciente de estos debates, ha sido estímulo poderoso á la par que cumplida recompensa para esa juventud reflexiva y emprendedora, que tiende su vuelo por el dilatado horizonte de las especulacio-